

secreto es tal vez el de los hermanos Davenport, célebres por su armario.

Como se habrá comprendido, los actores del drama predescrito no han recibido sino pretendidas cuchilladas. Los ahtas, más difíciles de contentar, quieren ver el arma ensangrentada, y con gusto meterían los dedos en la herida como el Tomás de los Evangelios. Sin embargo, no exigen que el actor muera ante sus ojos, pero quieren pensarlo y le hacen desaparecer para que no se presente ante ellos sino después de bastante tiempo.

Esos dramas son ante todo, desde el principio al final, operaciones mágicas; insistamos sobre este hecho. El hechicero «discreto en la zambra», se disfraza con garras, picos y bocas de fiera, para ponerse en relaciones con los animales que ha de presentar al cazador. El brasero, punto central de esas ceremonias, simboliza la lámpara de la gran madre Sidné, el Sol, origen del movimiento, cuyos rayos son otros tantos espíritus vitales, principios generadores. Esos inoítas podrían entenderse con los campesinos de Suiza y Alemania, encendiendo las hogueras de Pascua, lanzando discos incandescentes por los aires y haciendo dar vueltas á una rueda encendida en lo alto de una colina abrupta. En sus fiestas de *Sada*, en todas las cumbres los persas hacen también llamear gruesos troncos, en los cuales el rey, los grandes personajes y los notables arrojan ani-

males, en la cola y patas de los cuales han atado antes hacecitos de hierbas secas. Los desgraciados animales huyen veloces llevando el incendio por montes y bosques (Hyde). Símbolo brutal y feroz de un hecho grandioso. La Biblia cuenta la travesura del héroe que soltó por los trigos en sazón, zorros que él había atado de dos en dos con una tea encendida prendida en la cola; leyenda moloquita en la cual el zorro de pelo rutilante representa evidentemente el calor estival, que personificaba también Samsón, el mismo Samsón ó el Sol. Durante largo tiempo, en la buena ciudad de París, en presencia del soberano y de la familia real, los magistrados encendían en la plaza de San Jacobo una hoguera donde perecían gallinas y gatos. Práctica parecida no ha sido aún completamente olvidada en el Alto Delfinado.

«De todas las fiestas que yo he visto, cuenta Luciano de Samorate en *De Dea Sysá*, la más solemne es la que celebran en Hierápolis al empezar la primavera. Se cortan grandes árboles que se ponen derechos en la nave del templo; se conducen cabras, ovejas y otros animales vivos y los cuelgan en los troncos de los árboles. El interior del montón de troncos está lleno de pájaros vestidos y objetos de oro y plata. De Siria y de todas las comarcas circundantes, una multitud concurre á la fiesta, que unos llaman de la «Hoguera» y otros de la «Lámpara».

»— El hombre es más uno que diverso.»

Esto nos lleva á hablar de los balleneros, corporación que fué gloria de las poblaciones kadiakas y aleutas antes de la invasión rusa, las balas explosivas y los proyectiles lanzados por cañones.

Los romanos habían reunido en colegio sacerdotal á los constructores de puentes; los chewsoures del Cáucaso tienen sus sacerdotes cervecedores; los todas de Nílgerris tienen sus divinos queseros; y nuestros aleutas de Koniagas y de otras partes, tienen sus sacerdotes cazadores de ballenas. No entraban en la comunidad de balleneros más que individuos habiendo pasado por rudas pruebas, iniciados en las tradiciones y leyendas del poderoso cetáceo, verdadero Dios de esos parajes. Ante todo se les exigía un vigor y destreza nada comunes. Más de una vez alguno de esos hombres, embarcado en su pequeño bajel de piel de foca, salió solo al encuentro del enorme animal; le atacaba con una lanza por toda arma y conseguía matarlo (De Mofras), según cuentan los indígenas; pero nosotros sospechamos que el relato de esas hazañas es fantástico. Ese hechicero lanzaba sobre la ballena un dardo emponzoñado, según nos dicen, luego se encerraba en una cabaña aislada donde pasaba tres veces veinticuatro horas sin comer ni beber; allí imitaba de tiempo en tiempo los gemidos de la ballena herida, creyendo así asegurar su muerte, y al cuarto día volvía al mar. Si encontraba al cetáceo muerto se daba prisa en extraerle el dardo y las partes de carne por él contaminadas, temiendo que su magia produjese perjuicios á los comedores. Si la ballena nadaba todavía, es que se había cometido alguna

falta, y volvía otra vez á su cabaña para empezar nuevamente el conjuro (Venjaminof).

La casta privilegiada hacía plantel de dioses, sus miembros gozaban de un prestigio sobrenatural, al menos durante la época de la caza. Nadie entonces hubiera probado sus particulares alimentos, impregnados de virtudes mágicas, nadie se hubiera acercado á sus personas ni osado mirar sus remos.

Pero no por ser divinos eran inmortales. Al fallecer, sus cofrades despedazaban el cadáver en tantos pedazos como individuos componían la comunidad; cada uno frotaba con la grasa del muerto el arpón preferido y lo conservaba á modo de talismán. Otros depositaban el cadáver en una caverna después de haberle arrancado las vísceras y las materias grasas, lavadas en agua corriente. La víspera de una expedición, los compañeros visitaban su Campo Santo y asperjaban los cadáveres, exprimiéndoles luego para beberse el líquido que se había impregnado de las virtudes, la fuerza y la bravura del difunto. Ese es el origen de la religión, de las reliquias y de las múltiples supersticiones de la nigromancia.

Nada hay como la indomable valentía de los héroes difuntos para comunicarse á los vivos; los muertos vulgares transmiten también sus cualidades novicias; por eso es por lo que en los convoyes, el cadáver, envuelto en un paño, va seguido inmediatamente por un perro; es esto una medida de prudencia: se ha calculado que si la enfermedad quitase el cuerpo de su víctima, entraría en el del animal. Al presentarse á

los vivos, los aparecidos propagan el «hambre canina», apetito verdaderamente espantoso que excita á la golosina, privando de todo medio para satisfacerla. Un cuento inoíta (Riuk) relata la historia de un facineroso que violó una tumba, cogiendo grasa humana, frotando ciertos trozos escogidos. Su huésped se los comió, y, presa de súbita locura, se arrojó sobre su mujer, la cual despedazó á mordiscos, después devoró sus hijos y sus perros. Hubieron de matarle, de otro modo hubiese devorado á todo el mundo.

En tiempo de la barbarie cristiana, las iglesias se robaban unas á otras los tesoros que ellas presentaban á la veneración de los fieles, se sustraían un bucle de la Virgen María, ó se pedían prestada, para no devolverse jamás, una uña de San Pedro. Lo mismo en Aleutia, los aficionados huronean cerca de los cadáveres sagrados y los roban, si les es posible; las comunidades se roban sus héroes difuntos. Alguna familia posee en su santuario una docena de dioses, cuyo origen no se atrevería á declarar, como secreto transmitido por el padre á sus hijos. Pero... ¡Mal haya la moralidad vulgar! Sería vergonzoso robar una piel, excusable llevarse una cuerda sin permiso, pero es cosa plausible procurarse santos patronos y genios protectores por la astucia ó por la violencia.

En sus exploraciones del archipiélago, Pinard tuvo la dicha de caer en un punto perdido, sobre la caverna de Aknauh, en donde una comunidad ó cofradía tenía su punto de reposo. Sus sepulturas, siempre relegadas á sitios lejanos, estaban ocultas entre rocas

abruptas ó en la cúspide de montes apenas accesibles. Del mismo modo Wiener, haciendo excavaciones en las antiguas ruinas del Perú, descubrió en una anfractuosidad de la roca varias momias que habían ocultado descolgándose por medio de cuerdas ó bajando por escaleras que luego habían hecho desaparecer. Análogas creencias crean prácticas análogas. D'Orbigny y Dall creen haber observado que repugna á los aleutas poner sus cadáveres en contacto inmediato con el suelo; no sería, pues, exacto decir que entierran los muertos, puesto que se les rodea de hojas secas y de hierbas olorosas. Los cadáveres se bajan á una fisura de la roca ó se les levanta en forma de barca apoyada por pies derechos. A los simples mortales se les sienta con los brazos alrededor de las piernas y el pecho sobre las rodillas, pero á los bravos balleneros se les acuesta en toda su longitud ó se les deja derechos, acorazados con una armadura de madera, la cabeza oculta por una máscara figurada que protege á los vivos contra las temibles miradas del muerto: sus ojos, sus funestos ojos, no basta sólo con cerrarlos, sino que es preciso cegarlos. ¿Era éste el motivo que inducía también á los asirios, á varios egipcios y á algunos griegos — al menos los de la antigua Miscenas — á poner máscaras á sus muertos? Costumbre que se encuentra entre los dené dindjié y los negros de Australia, con los cuales los aleutas tienen numerosas semejanzas, que sería enojoso señalar cada vez.

La madre que pierde á su niño de pecho, deposita su tierna criatura en una caja elegantemente adornada, que ella se carga sobre su espalda para llevarla durante largo tiempo. Con frecuencia coge la pobre al lamentable residuo entre sus brazos, le quita las máculas descompuestas, le desinfecta y lo viste y mimaba como si viviese. Los primitivos consideran la vida como indestructible: la muerte no es para ellos más que un cambio de estado. Los animales van á habitar al otro mundo en espera de poder volver al nuestro. Inmortal es el gusano, eternos los mosquitos. El muerto se lleva todos sus aparejos de pesca; él se servirá de ellos. Las herramientas y vestidos que no se lleva consigo, los objetos de uso personal quedan como simpatía hacia él; pero su contacto da frío, mirarlos inspira tristeza.

Los kolokas, más sencillos que sus vecinos, afirman la metempsicosis pura y simplemente. La muerte, dicen ellos, no es más que una disolución momentánea, dura el tiempo que el alma necesita para encontrar un nuevo cuerpo, luego de expulsada del suyo, bien sea de hombre, de lobo ó de cuervo, pues ello poco importa. Mudar de calabozo, ¡qué felicidad! Enfermos y achacosos, solicitan con frecuencia que se les mate lo antes posible para renacer jóvenes y vigorosos.

Según la creencia generalmente adoptada, el alma puede elegir de entre dos residencias en ultratumba: la de arriba, ó sea *Coudli-Parmiau*, y la de abajo, ó sea *Adli-Parmiau*, en el fondo del mar. La última es mucho mejor, está situada en una zona de cielo inclemente y de tierra inhospitalaria en donde casi todos

los medios de subsistencia provienen del Océano. Los habitantes de Guinea creen saber también que las almas continúan su existencia en las profundidades del mar. El esquimal se cree perdido si se aleja un poco de las costas; se descorazona cuando no se siente próximo á las morsas y pescados. Los misioneros ensalzaban las felicidades del paraíso cristiano; los esquimales interrumpieron:

«— ¿Y los focas? Ustedes no dicen nada de las focas. ¿Hay focas en vuestro cielo?»

«— ¿Focas? No, por cierto. ¿Qué harían las focas allá arriba? Pero tenemos ángeles y arcángeles, querubines y serafines, la Dominación y la Potencia, los doce Apóstoles y los veinticuatro ancianos...

«— Está muy bien, ¿pero qué animales tienen allá?»

«— Animales, ninguno... Es decir, sí, tenemos el Cordero, un león, un águila, un toro...

«— ¡Basta! Vuestro cielo no tiene focas, y un cielo que carece de focas no puede convenirnos.»

En el fondo del Océano residen los bienaventurados, los *elegidos* reclutados por entre los balleneros heroicos; por entre los buenos marinos ahogados en la tormenta; por entre los hombres de corazón que se han suicidado antes que vivir á expensas de sus familias; por entre «las mujeres bien taraceadas» que han muerto de parto, cuando cumplían el gran deber de la maternidad. Ante esos valientes de ambos sexos, las puertas del paraíso submarino se abren por sí mismas. Pero los mártires ordinarios no penetran sino por la «senda del perro», camino obscuro practicado por abruptos

parajes y hendiduras de roca; hay que sufrir durante cinco días, y sólo se llega con los miembros mortecinos y ensangrentados, si se llega. Un vendabal que sorprende, un resbalón inoportuno, y se cae en cualquier precipicio. En ciertos momentos hay que tenerse en equilibrio sobre una rueda dando vueltas, lisa y pulida, luego atravesar un puente, no más ancho que una hoja de cuchillo. ¡Cuántos peligros, cuántas fatigas antes de llegar á la puerta guardada por perros monstruosos! Las almas se guían por el retumbar de un tambor mágico que suena en la lejanía; ¡desgraciados de los que se desorientan! Devorados por animales fantásticos, no vuelven á reaparecer más. No obstante, la mayor parte llega á puerto y van á alojarse bajo la corteza de tierra que habitaban cuando tenían cuerpo. Aleutas, kolocas y taitanes tienen todos trazados los límites de su estación subterránea.

¡Cuánto más fácil es la subida al cielo, hacia el cual el alma no tiene más que dejarse ir, flotando como el humo! Pero las gentes de corazón reprueban esa molicie, prefiriendo afrontar los horrores del lúgubre camino. Para evitar que el moribundo desfallezca, al último instante los amigos le arrancan del rincón donde está acostado sobre brozas y lo depositan en el duro suelo, en el que, vivo aún, le hunden la cabeza en tierra, como para darle el primer impulso hacia el camino de abajo. ¿Quién no penará por llegar á esas regiones inferiores, donde en las salas siempre tibias y luminosas de un kajim inmenso, resuenan los tambores eternos? Alrededor de los enormes pilares, sobre los cuales la

tierra está fundada, se salta, se juega á la barra, se representan bailes espléndidos. ¡Y los festines, y las comilonas! ¡Y los cetáceos y cachalotes — prodigiosos como el Leviathán del banquete de Abrahám — donde se hartarán las almas esquimales!

¡Qué diferencia entre el infierno subterráneo, lugar de regocijo, y la atmósfera, otro Océano, pero de profundidades estériles, desiertos inmensos, frecuentados por el hambre! Las almas flotan por las nubes, errantes y doloridas, hambrientas, transidas, sacudidas y volteadas por las intemperies en los torbellinos de los espacios celestes. Sin embargo, ¡qué gangas les caen de tiempo en tiempo!; por aventura, la pobreza goza de abundancias opíparas; en las auroras boreales, las innúmeras multitudes corren y saltan al través de los cielos, rápidas como el rayo. Divididas en dos bandas, se las ha visto empujando hacia todos lados una cabeza de cetáceo que les servía de bala. Hasta entre ellas se tienen terribles combates y su sangre cae entonces en copos de nieve, porque las almas no tienen en sus arterias el hermoso líquido rojo, sino una linfa fría y blanca. ¡Qué batalla en los aires, cuando sobre el suelo la nieve se amontona!

«Los indios de las pampas, dice De Moussy, han aprendido de origen cierto, por revelación, que en la celeste residencia de Pillau sus guerreros gozarían de una emigración que sería eterna, si no fuese interrumpida»

pida por espléndidas cacerías, en las que se matan tantos y tantos avestruces, que las plumas, cayendo en montones, forman las nubes sobre nuestras cabezas.»

Los camanes de alto vuelo, los Platón y Tomás de Aquino de Aleutia, han dado cuerpo á ese catecismo rudimentario y lo han desarrollado en un sistema sutil y complicado:

Después del último suspiro, el organismo se descompone en sus elementos primitivos, pero el cadáver guarda alguna sensibilidad por tanto tiempo como conserva su forma. El alma, tenue y transparente como el aire, pero de aspecto grisáceo apenas sensible, es alternativamente Sombra y Espíritu: la primera se dirige á la residencia subterránea, la segunda á los espacios aéreos.—Si nosotros interpretamos correctamente nuestros textos, la Sombra de los hiperbóreos, vapor de sangre, parece corresponder al *psyché* greco-romano, representar la especie en el individuo. Las Sombras residen en Coudli un tiempo cualquiera, unas más, otras menos, luego entran en el cuerpo de una mujer, frecuentemente advertida por ensueño, y renacen sobre la tierra. En cuanto al espíritu, que continúa respirando, constituye el elemento irreductible, el germen de la personalidad. Por la Sombra, el hombre forma parte integrante de la humanidad, por el Espíritu se distingue. No cabe duda que ese soplo vivificante de los camanes es el «viento fresco» de los egipcios, el *ronach* del Antiguo Testamento, el *pneuma* del Nuevo, el aura de los estoicos. Salido del gran depósito atmosférico, á él volverá. Tournarsouk, el Ser Supremo, se llama el «Se-

ñor de las Brisas» (1). Aquellos cuya excelencia nativa fué probada por una actividad fuera de comparación, irán á asociarse con los otros Espíritus que residen por la otra parte del firmamento, esfera sólida, como su nombre indica, bóveda circular que tiene la solidez y la transparencia del cristal azul, y que rueda alrededor de un monte prodigiosamente alto, un Merou, situado completamente en el fondo de las regiones polares. Los Espíritus que han pertenecido á los hombres felices é inteligentes por excelencia, van á confundirse con las estrellas; pues todas las ya existentes fueron inoítas. En cuanto al «yo» de los cobardes; en cuanto al de los malos hechiceros, la tempestad los barre y persigue; el viento trae sus sollozos. Les es inútil que se obstinen en su desgracia, empeorar su miseria, todo ello no les conducirá á ninguna parte, porque entonces caen ellos en la estupidez, pierden el sentimiento y finalmente la existencia; el aire de que ellos se componían entra en sustancias nuevas.

Pero ¡oh! Doctor Sutil, ¿cómo se las arreglan vuestros bienaventurados para perambular por las estrellas al mismo tiempo que por el Eliseo de los abismos marinos? ¿Cómo la Sombra y el Espíritu pueden existir separadamente?

El hiperbóreo contesta balbuciente: «Los padres nos lo han enseñado así.» Si hubiese estudiado en nuestras escuelas podría á su vez preguntar:

—¿Es que vuestra mitología no muestra á Hércules

(1) *Silli misnua. Silli nelegak.*

presente al mismo tiempo en el Hades y en el Olimpo? ¿Por qué tanto rigor contra nuestros augakout? ¿Por qué imponerles una lógica de la que vosotros dispensáis ó Homero y á Virgilio?

Más que ninguna otra cosa, satisface á los aleutas el reposo, el abandono dulce en la pereza. Desde la eminencia de sus rocas, ó desde lo alto de sus tejados de tierra, se complacen contemplando el mar con indolencia. Se ha dicho que lo que esperan es la aurora para darse un baño de luz. Lo cierto es que desde muy de madrugada, hombres y mujeres suben al puesto de observación. Ninguna nube, ningún vapor, ninguna neblina se escapa á sus miradas; de la dirección, formas y tonalidades deducen el tiempo que hará, el movimiento del mar, la fuerza y naturaleza de las olas. Si experimentan satisfacción, permanecen así horas enteras sin menearse, sin hacer mal alguno, sin pronunciar una palabra. A pesar de las brumas y de los vientos helados, esos soñadores indolentes y melancólicos conocen el «kief» de los orientales. La pereza no es su vicio, puesto que suministran con paciencia y conciencia un trabajo considerable, si así lo creen necesario; pero se guardarán mucho de gastar en ímprobo trabajo otro esfuerzo que el estrictamente indispensable, prefiriendo, como el juicioso Salomón, «un solo puñado con calma que dos manos llenas con ruido y esfuerzo de espíritu».

Dotados de una dureza á toda prueba, resisten al frío, al hambre, á la fatiga, con tal calma y serenidad que merecen admiración y les ha valido el desprecio. Mientras no se ven empujados al último extremo — y en tal caso su furor no conoce límites, y, si no pueden vengarse, se suicidarán sin vacilar, — los aleutas tienen la fuerte paciencia del buey y la dulce afectuosidad de la vaca; no ha faltado, no obstante, quien ha dicho que su paciencia, atributo bestial, proviene de su insensibilidad. El dolor sería bien vivo y la opresión bien cruenta para que les arrancaran una protesta; la enfermedad jamás provoca un suspiro, jamás un gemido.

No habiéndose llevado nada á la boca desde tres ó cuatro días, pena y sufre el pobre primitivo sin exteriorizar ningún malestar. Se le pregunta: ¿Sufres? El no contesta; si se insiste, contesta con una triste sonrisa. A los cazadores les sucede á veces que se cogen una pierna en un cepo de lobo ó de zorro. El hierro que ha magullado la carne puede á veces no ser retirado sino al través del miembro; cuando esto sucede, resisten la operación sin gestos de impaciencia; en caso de necesidad se operan ellos mismos. Por otra parte, esas heridas, tratadas por la dieta y el reposo, no tardan en curarse.

Diferentes á nuestros rapazuelos, los niños no se pegan ni insultan; sus enojos sólo se manifiestan por algún denuesto desagradable dirigido á los padres. Hay que decir que ofenderse con groseras palabras les es imposible, pues los términos injuriosos y de insulto no existen en su lengua. Pero de algún tiempo á esta

parte ha sido provista de palabras groseras por influencia de la civilización, y los borrachos, que se apostrofan, disponen actualmente de una pequeña partida de expresiones ultrajantes, tomadas del vocabulario ruso. En otro tiempo, cuando se rompían las hostilidades entre dos tribus, la más furibunda preparaba una emboscada, hacía una mala acción y, saliese bien ó no, se batía después en retirada. Pero tales cuestiones no eran frecuentes, puesto que el anciano Viniani ni presencié ni tuvo noticia de una sola riña en Ounalask durante diez años que residió allí; el mismo Ross cuenta que no pudo hacer comprender á los habitantes del país de Baffin, que carecían de armas de guerra, eso que nosotros llamamos batallas y combates. En toda la Boothia Félix sólo se conocía un solo caso de crimen; nadie se comunicaba con su autor, todo el mundo le huía. Como pacíficos en exceso, se someterán á quien se atreva á mandarles, no obstante serles muy desagradable obedecer, pero les es mucho más desagradable aún luchar y querellarse. Si algún imprudente lleva su opinión de modo más atrevido que lo conveniente, los ancianos, aunque fuesen de opinión contraria, toman la cosa á broma ó preguntan al osado: «Explica tus razones. Tal vez sepas algo que nos sea desconocido.» Son tan ingenuos que apenas si se atreven á entablar un negocio de compra ó de venta por su propia cuenta; modestos en exceso, no pueden, sin sentir sincero malestar, sentirse alabados por nadie, y se ruborizan hasta las orejas si se les hace algún cumplido delante de un amigo; pero en cambio, los reproches ante

un extraño les llena de furor. A pesar de su gran paciencia, tienen á veces indignaciones súbitas, terribles cóleras.

Oigase á Hall:

«Charley regresaba descontento. Su mujer llegó para descargar la barca; la infeliz marchaba atascándose por el barro, con su carga á cuestras, cuando Charley, sin motivo aparente, le descargó, vigoroso, su arpón sobre la espalda; afortunadamente la punta no pasó el grueso de las ropas. La otra se volvió sin decir palabra, se desprendió del arpón y continuó su camino. Cuando se ensarzan con sus esposas, cogen el primer objeto que encuentran á mano, cuchillo, piedra ó hacha, y lo arrojan sobre su cara mitad—con sus perros hacen lo mismo. Pero aunque con frecuencia maltratada, la mujer es objeto de un afecto verdadero y constante.»

Explique quien pueda estas contradicciones y esas desigualdades del carácter. Cook fué uno de los primeros en alabar el carácter y la benevolencia de esos primitivos. Cartwright, que había vivido durante largos años entre los labradoreños, no encontraba expresiones para ensalzar lo suficiente la energía y resistencia, la destreza y bondad de los indígenas.

Júzguese por lo que dice Hall:

«Su probidad es imponderable. Nosotros habíamos descargado todas las provisiones y utensilios: madera, carbón, alquitrán, aceite, cacerolas, cuerdas, filásticas, lanzas, arpones, objetos todos que para los esquimales representaban un tesoro; no tocaron nada absolutamente,